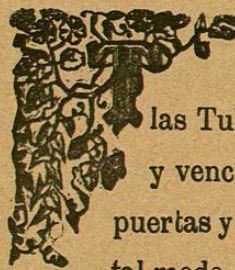




## CAPÍTULO DÉCIMO-SEXTO

Madame Roland y Carlota Corday.

odos los dramáticos acontecimientos, en el capítulo anterior narrados, todos los acontecimientos parlamentarios acaecieron en el palacio de las Tullerías, [convertidas de palacio del Rey en palacio del pueblo. Expugnado y vencido el santuario de la histórica realeza el diez de Agosto, cerráronse sus puertas y ventanas dos días más tarde, el día doce. La muerte se había cebado por tal modo en los asaltantes y defensores del regio alcázar, que su aire, cargado de miasmas, á pestilencia oían; y aquellos pavimentos, sobre los cuales se habían hecho tantas reverencias litúrgicas y se habían exhalado tantas oraciones monárquicas, teñidos se veían de sangre que manaran innumerables cuerpos caídos entre las espirales del hercúleo combate. Innumerables carros recogieron aquellos cadáveres, todavía calientes, y los llevaron entre paja, como los despojos de las fiestas cruentísimas del circo, á sus respectivas fosas en los callados cementerios. El célebre cercado, que se tituló «cementerio de la Magdalena,» enterró en sus tristes y yertas sepulturas á los infelices helvecios defensores de las Tullerías. Desde tal crisis se pensó en trasladar los símbolos de la soberanía nacional y sus representantes al palacio donde antes se hallaran los símbolos de la soberanía monárquica y sus representantes. Una leyenda fantástica rodeaba de una increíble atmósfera de ensueños y consejas y fábulas aquel privilegiado recinto. Hablábbase de tesoros encerrados en sus antros y bodegas, de joyas ocultas en los desvanes, de grandes armamentos allí depositados, de víctimas atormentados en los calabozos, de perros lanzando lastimeros aullidos por los patios como si llamaran á sus viejos señores, de ruidos siniestros seme-

jantes á resuellos lanzados por las piedras, de fantasmas aparecidos en las noches, de damas blancas envueltas en sudarios fúnebres yendo á plañer la suerte del dueño que dominara sobre tanto espacio; y no hallaba la Convención medio mejor de sacudir en las almas estas supersticiones que arreglar tan colosal edificio y acomodarlo al servicio de la reciente república, para que indicase un cambio tan radical la victoria del pueblo sobre la destrozada realeza. La primera asamblea del parlamento republicano, que se decía Convención Nacional, se reunió el veintiuno de Septiembre, mil setecientos noventa y dos, antes de ir al Hipódromo, donde celebrarían sus sesiones, así la Constituyente como la Legislativa, en el salón de los suizos, como para tomar solemne posesión del edificio. El catorce de Septiembre se notificaron por el ministro del Interior al Congreso los planes trazados transformando el carácter del palacio de la monarquía en otro carácter contradictorio con el antiguo, en palacio de la República. El nueve de Mayo se trasladó el Congreso definitivamente á la mansión real convertida en parlamento. Cuentan y no acaban las historias de las faenas empleadas para trocar los objetos hermosos y estéticos de las reales habitaciones en objetos útiles y servibles. Es curioso, curiosísimo, el resumen tasado de las riquezas invenidas allí en el momento de la transmutación. Encontróse un millón y medio de francos en argentería y joyería; cuatro millones en objetos preciosos de todas clases y procedencias; un millón de porcelanas y péndulos; de ricos encajes otro millón; de arneses, trescientos mil francos; de arreos y coches, un millón quinientos mil, y un millón doscientos mil de muebles; ascendiendo el valor de todo lo encontrado dentro de aquel edificio á la enorme suma de quince millones gastados en preciosidades y chucherías. Tantos y tantos ejemplares del gusto antiguo se dispersaron en la tempestad reciente. Se comenzó la venta general en pública subasta. Pero la interrumpieron unos decretos de la Convención reclamando para su servicio y uso la mayor parte de los utensilios y de los muebles. No se puede calcular lo perdido, sino de valor intrínseco, de valor corriente, por aquellos objetos, que iban flotando como los restos de un deshecho naufragio entre las mareas revolucionarias.

Los trajes, sobre todo los trajes cortesanos, alcanzaban entonces un enorme precio. Chupas de terciopelo, casacones de brocados, relojes de bolsillo, hebillas de oro, chalecos multicolores, chorreras de ricos encajes, valían un Potosí. Pero el exceso de oferta, consiguiente á los despojos de aquel palacio y á los nuevos trajes que con las nuevas costumbres traían aparejados las leyes republicanas, hicieron caer el precio de todas estas vestiduras, ya innecesarias, como cambiadas por otras más modestas. Llevó Luis XVI un traje que deslumbraba por sus riquísimas bordaduras. Cola de pavo real se llamó y todos deseaban verlo cuando el Rey lo vestía, por el brillo deslumbrador de sus sedas y la perfección absoluta de sus dibujos. Quince mil francos había costado. Ciento diez dieron por él. Igual suerte corrió el traje llamado de mil flores. Comprólo el Rey por treinta mil francos y vendiólo

el pueblo por ciento diez. Algo parecido sucedió con el guarda-ropa de María Antonieta y de la princesa Isabel. Y esta baratura de los objetos subastados paralizaba mucho las obras porque los calcularon de rendimientos muy altos y dieron muy escasos rendimientos. Así el nuevo arreglo iba con suma lentitud como se patentiza viendo que, comenzado el veintiuno de Septiembre, no fué concluído hasta el cinco de Mayo. Así el arquitecto encargado de la transfiguración del edificio no hacía más que dar quejas por su escasez de recursos á los convencionales y pedirles dinero. Este dinero llegaba con grande tardanza y suma escasez, mas si á verlo llegaba el arquitecto Gisols dolíase de los trabajadores, muy gandules todos y de la indisciplina que les aquejaba, creyéndose más en un club político que no en un empleo material de sus fuerzas para fines útiles. Todos los trabajadores llevaban fantaseados nombres demostrativos de su fantasía sobreexcitada. Amante, libertad, flor, dulzura, derecho, parecían como sus motes y demostraban que el cambio de las costumbres habían llegado hasta los vocablos de las lenguas. Y aquellos perezosos con aquellos nombres á lo mejor se iban por los patios para ver llegar en las carretas los reos políticos á la guillotina y presenciar su muerte, mientras el arquitecto disponía con disposición nueva la parte meridional del palacio, transformaba la parte Norte, rehacía los techos, recolocaba las chimeneas, quemaba las barraquillas que asaltó el pueblo la madrugada del diez de Agosto, y hacía de un edificio palacio, un edificio oficina. Las innumerables comisiones por el Parlamento nombradas ibanse de sus estrechos gabinetes del Hipódromo á los aireados y luminosos gabinetes de las Tullerías. El primero en instalarse aquí fué el comité de General defensa. Y tenían estos comités que instalarse poco á poco, á causa del excesivo número de ellos y de la escasez del mobiliario, disminuido por las subastas y por las ventas. En los meses subsiguientes á Marzo, después de haberse recurrido á todos los guardamuebles más provistos y de haberse desamueblado los edificios de mayor mueblaje, sólo estaban apercebidos y compuestos ocho departamentos del comité cuando las necesidades parlamentarias pedían y necesitaban muebles para veintiocho. Habían hecho una requisa en los sitios reales, y á pesar de haber dado estas requisas y los secuestros consiguientes un mobiliario enorme, no bastaba. Con cuarenta y nueve sofás reunidos, mil cuatrocientas treinta y nueve sillas, ciento noventa y dos banquetas, cuatrocientos diez y seis pares de cortinas, ochenta y ocho mesas de escritorio, no hubo medios suficientes á decorar y amueblar los salones. En la noche del nueve al diez, un ejército de mozos y otro ejército de empleados transportaron del Hipódromo al palacio todos los papeles reunidos en la Cámara y demostrativos de las satisfacciones dadas á las exigencias parlamentarias. Sólo de peticiones sobre reformas y progresos elevadas por los comicios primarios el Congreso constituyente parecían una verdadera y elevada montaña. Por fin el nueve de Mayo al fin de la sesión el presidente anuncia que á la tarde del diez se congregaban los diputados en las salas del palacio de las Tullerías.

Nadie ha visto los planos del arreglo. El escritor, de quien aprendemos los datos anteriores, reunidos con documentos en el libro llamado *Paris Revolucionario*, no encontró, magüer sus prolijas y tenaces investigaciones, trazo ninguno de plano ni proyecto en los archivos franceses. El Emperador Napoleón, con mayores medios, librando sus investigaciones á la diligencia de sus empleados, reunió en su gabinete crecido número de planos históricos sobre reformas de las Tullerías y todos quedaron consumidos en las terribles quemas de París y en el incendio de las Tullerías el año conocido con la denominación de terrible. Se necesita consultar las voluminosas memorias, las cuentas intrincadas, los datos reunidos por arquitectos, escultores, papelistas, carpinteros y demás industriales comprometidos en la transformación del edificio para saber cómo se trasformó. Espléndidas caobas, cuadros de comedor y de sala, mármoles muy bien esculpidos, capiteles de bronce dorado, palos de rosa, ébanos como azabache, pasaron del magnífico edificio á las casas particulares y á los palacios de los enriquecidos merced á los saqueos, á los despojos, á las subastas y á las ventas. Cuando la reconstrucción y las habilitaciones del edificio empezaron, parecía éste invadido por una inundación recentísima. Las piedras se desjuntaban, los tapices se desprendían, las techumbres iban bajando al pavimento en cascajos, los lagartos subían por las paredes, los buhos anidaban en los huecos, y millares de murciélagos se habían reunido y amontonado juntos con las telarañas en los sitios más bendecidos y más consagrados por las tradiciones y por la historia. A esto se unía el empeño ciego de los emperrados en la reconstrucción del palacio, empeño sin razón ni sentido para que todos los días entrase dinero, y sino entraba por mandatos oficiales, granjearse en ventas ruinosas, las cuales equivalían á una total destrucción, pues muchas veces se compraban los objetos á ojo de buen cubero, y de su sitio la codicia los arrancaba para malvenderlos otra vez y esparcirlos en fragmentos por todas partes. No se modificó la forma exterior del edificio. Pero se gravó en sus piedras el número de palabras que destinaban á los más cuerdos realistas; como unidad, como libertad, como igualdad, palabras indelebles ya en los corazones, aunque maldecidas por una grande reacción lógica, la cual con frecuencia conseguía por algunos lustros borrarlas, renaciendo luego, en cuanto Francia sacudía la marca de su corona y recobraba el goce de su derecho. Un gran gorro frigio, gorro colosal de un color púrpura muy subido, y colocado sobre la retonda mayor rematándolo una bandera tricolor, indicaba muy claramente cómo el Palacio de la Monarquía se convirtiera en Palacio de la República. El célebre portón, que daba paso al interior, agujereado como una salvadera por las balas del diez de Agosto, fué reemplazado por dos hojas de puerta ceñidas con garras de leones en bronce dorado. Esta puerta se abría sobre el vestíbulo de las columnas para dar paso al jardín nacional. Y en este vestíbulo se encontraba á la derecha una grandiosa escalera, la misma que los suizos regaron con su sangre al perderla, y que los populares también con su sangre tomaron en

aquellas cruentísimas batallas, al asaltarla y rendirla como formidable fortaleza. En el primer rellano, y al nivel del entresuelo, abríase un portón, el de la vieja capilla, y tras esta capilla una grande antesala que abría paso al salón de la libertad. En el fondo de este salón, delante de la escalera, se veía la puerta del salón de sesiones. Tales salas y antesalas tenían una extrema elevación, y los ventanones, por donde la luz venía del Cielo á esclarecerlas, estaban á una gran altura, por lo cual no podía desde ellos descubrirse las cercanías del Palacio y mucho menos las arboledas de los jardines. Decoradas muy modestamente, los timbres realistas ó habían sido arrancados, ó habían sido deformados á martillazos. El ciudadano Roger, escultor, había recibido cinco francos por haber arrancado una corona de Francia, deshecho unas lises borbónicas y trocado los filetes regios en picas republicanas.

Por estos procedimientos fué poco á poco transformado aquel palacio de la Monarquía en palacio de la República. Transformóse también, durante tamaños metamorfoseos, que ni los de Ovidio, la vieja capilla, conservando su revestimiento de mármoles blancos y negros, completada por pobre pintura, imitando el granito, que caía desde la techumbre á la cornisa y circuía las ventanas, á cuyo alrededor veíanse también imitaciones de pórfido. Monótona y uniforme tal ornamentación, variábanla un poco las coronas de roble esculpidas por todos lados, las cuatro grandes arañas de cristal suspendidas de la bóveda y las cuatro chimeneas monumentales compuestas por blanquísimas y lustrosas porcelanas. Unas banquetas de pana roja y maderaje blanco decían haberse convertido aquel religioso lugar en una sala ordinaria. Tras la capilla estaba la sacristía, también trocada en salón, y tras la sacristía, el celeberrimo espacio, lleno de industrias y decoraciones y bastidores y trampas teatrales, sitio llamado la sala de máquinas y construído para el servicio de las representaciones dramáticas y de los festejos cortesanos. En esta sala, obra de Luis XVI, se puso una pieza de Moliere que reclamaba mucho atrezo y mucho aparato; en esta sala comenzó la ópera clásica; en esta sala se reunieron los bufones de Antonieta; después de haber disuelto las orquestas y despedidos los músicos; en esta sala celebró la revolución una de sus mayores solemnidades, coronó á Voltaire vivo como si fuera un fetiche y un ídolo, recomendándolo á la Historia para la inmortalidad. Pero el principal destino de la sala fué indudablemente albergar la Convención. Para ocurrir á los artificios de la magia teatral se abría bajo el pavimento un subterráneo inmenso, un bodegón que parecía un abismo. El arquitecto lo cubrió con un fuerte y sólido tablado, componiendo del total de tan grandioso espacio, dos porciones, que, divididas y separadas, se llamaban la una salón de la libertad y salón de sesiones la otra, equivaliendo la primera indudablemente á nuestro salón de conferencias. En el sitio llamado de la libertad campeaba una estatua especie de diosa griega representativa de tan divino ideal. Sentada como sobre un trono, con coronas de roble al pie, ceñida la clámide griega, la una mano sobre grande

globo apoyada y extendiendo hacia el cielo la otra, significaba la sustitución de los nuevos símbolos republicanos á los viejos símbolos monárquicos. Barrere, con quien habremos aún de tratarnos en las intimidades existentes entre un historiador y sus historiados, cuenta graciosa é inverosímil anécdota respecto de tal estatua, diciendo que como supiese se hallaba muy apurado y atrasadísimo el escultor Houdon, faltarle de todo empleo para el esfuerzo y el genio suyos, fué á visitar sus trabajos, y encontró entre los que la revolución no le permitía concluir y vender, una bella estatua representando Santa Eustaquia y destinada de antiguo á la iglesia de los Inválidos, de cuyo destino la distrajo con el consejo dado al escultor de que le quitase los símbolos religiosos á la tal Santa y le pusiese los símbolos greco-romanos con el fin de cobrar su importe y ornar los espacios de la Convención. Tras un intercolumnio al modo y manera del intercolumnio de Poestum, se abría la sala de sesiones, larga de ciento treinta pies, ancha de cuarenta y cinco pies, alta de sesenta. Diez filas de bancos elevados en gradería llenaban aquel espacio. La estrechez relativa de tal sitio impedía que aquel anfiteatro fuese regular y cómodo. Frente á este vasto anfiteatro, hacia el medio de la pared lateral se levantaba una especie de tablado parecido á un teatro conteniendo silla de presidente, mesa de secretarios, tribuna de oradores, sitio á donde se subía por amplias escaleras. Mil cuatrocientos espectadores podían congregarse y se congregaban en aquel salón espaciosísimo. Para ver cómo dominaba en aquel momento la vieja historia clásica, no hay más que considerar las estatuas representativas todas de grandes recuerdos y de grandes nombres antiguos.

Del lado del Presidente veíanse en grandes proporciones simulacros ó estatuas imitando á bronce, que representaban el inmortal orador Demóstenes; los famosos legisladores de Atenas y Esparta, Licurgo y Solón; el jefe de la escuela idealista, el que trazó aquella República, de cuyo seno expulsara los poetas, Platón, y frente á frente Camilo y Publicola, la virtud romana, Bruto y Cincinato, el romano sacrificio. Ningún héroe cristiano y francés recordaba las efigies y simulacros extendidos por todas partes. Ni las célebres agitaciones de la Edad Media, ni el nacimiento y desarrollo de los municipios, ni las Cruzadas que comenzaron á igualar las condiciones sociales y á destruir la servidumbre del terruño, ni los trágicos tiempos de la revolución religiosa, en que tantos héroes de la libertad espiritual contó Francia, inspiraban culto de ningún género á los convencionales creídos de que provenían directamente del mundo greco-romano y de que nada les ligaba con los tres movimientos modernos generadores del movimiento revolucionario contemporáneo, ni con el movimiento municipal, ni con el movimiento religioso, ni con el movimiento artístico, cuando la reforma de Lutero, la invención del Nuevo Mundo por España, la Pascua florida del genio y de las artes que se llamó Renacimiento, renovaron el planeta y encendieron el numen de la libertad. Mas no estaba en tales lacas únicamente la deficiencia del salón